

De Ballesta y Gaita

(Pseudónimo)

La Mansión del Cultivador de Rosas

Ella querida:

Transitando desde la sombra de mi cama a la luz solar del estudio, me perdí en esfuerzos vacuos y anhelos vanos. Es debido a esto que desde hace un tiempo el ambiente a mi alrededor se ha poblado de espesa niebla. Sé que los acantilados están cerca y por eso me muevo con suma precaución. Mis pasos inciertos buscaron veredas y las encontraron, pero les perdí confianza cuando una de ellas me llevó directo al precipicio. Manos desconocidas evitaron mi caída sí, pero no me mostraron la ruta de retorno a la morada abandonada. Supe así que caminaba protegido, pero no así asesorado, estaba sujeto a mi propio albedrío. Opté por refugiarme en un árbol que me salió al encuentro. Me senté a esperar no sé qué cosa, pues la bruma no cesaba y mi refugio era relativamente seguro. Allí me podía esperar cualquier peligro, incluido el árbol donde me apoyaba. Frente a esa ceguera blanca, no sé si por mi cansancio o por la ausencia de pensamientos, empezaron a aparecer imágenes, informes al principio, pero después tan lúcidas y verdaderas que mi mente se clarificó de tal suerte, que al primer pensamiento luminoso lo siguieron muchos más. Sentí deseos de subir al árbol, animado por el instinto natural del hombre - supongo - de explorar su entorno y ya que el mío era ese árbol, y sus ramas parecían mostrar un camino fácilmente trepable, subí con tal ligereza que pronto me invadió el temor de no saber a qué altura me encontraba y que tanto peligraba mi persona hundida entre la hojarasca. Pero de inmediato corregí el curso de mis pensamientos notando que conforme más subía, la bruma se hacía cada vez menos densa, tal vez subiendo más podría echar un vistazo para ver donde me encontraba. Y fue así que trepando llegué a un punto en que apareció el mundo en toda su gloria, es decir la comarca donde habitaba. Levantando el vuelo, casi me roza un ave la cabeza y me abrumé de tal manera al no ser ella para poder volar hasta las torres que sobresalían de entre la niebla, que indicaban “La mansión del cultivador de rosas”, que así se le llamaba a la casa de los monjes traperos que allí guardaban su silencio. De allí sería fácil acercarme a mi casa porque ésta se encontraba en el lado oeste, justo frente al portal trasero de la mansión. Pero, ¿cómo bajar del árbol y ya abajo no volver a perder la orientación? La mansión no se veía cerca, de hecho no sé cómo pude alejarme tanto al perder el rumbo. Opté por aprovechar el estado de serenidad que me invadía y así tomar la decisión de permanecer en ese sitio. La enramada me sostenía cómodamente, sus flores emanaban su perfume y sus frutos eran dulces y jugosos. Mientras las brumas lo invadieran, todo prefería permanecer en este solitario paraíso.

Mucho me enseñará el árbol de mi propia naturaleza y mientras mire las torres de la mansión del cultivador de rosas me sentiré unido al mundo. Es por eso que desde aquí te escribo, atrapado en el mundo pero libre de pensamiento, por voluntad propia, debo decirte, ya que un solo grito de auxilio hubiera bastado para llamar la atención de grupos humanos que han pasado de largo al pie del árbol. No soy un náufrago, o en todo caso, soy consciente, yo he provocado mi naufragio. La situación en la que me encuentro yo la propicié; no me queda más que aguardar a que la niebla levante por sí sola y mis ojos puedan ver algo más que cielo, nubes, una que otra ave solitaria y las torres de la mansión del cultivador de rosas. Aquí sentado con la mirada perdida en lontananza, veré lo que hasta ahora no he visto, es decir aquello que solo permite ver la ceguera de los ojos.

Ahora, solo espero ver con el ojo sin párpado, aquel que todo lo ve, que no duerme, que permanece imperturbable ante todo acontecimiento, sea éste, cruento o tierno, sucio o pulcro, santo o profano.

Te escribo desde aquí, no desde el puente, aunque sé que mi condición es una suerte de puente. Todo puente es una transición entre un mundo y otro, conciliador de opuestos, y yo aquí ubicado en el punto inamovible del centro, sintiendo el poder de sus orillas aquí reunidas, lato en su medianía.

Sé que no me faltará tu voz que escucharé, que me acompañará siempre. Porque tu voz es pájaro y se acercará volando a donde me encuentre.

Elí